

## PARTE SEGUNDA

## EL CUERPO DE PAJES.

## I.

La tan anhelada ambición de mi padre se realizó al fin: había una vacante en el cuerpo de pajes, que yo podía llenar antes de cumplir la edad en que queda cerrada la admisión, y me llevaron á San Petersburgo é ingresé en el colegio. Sólo ciento cincuenta niños, en su mayoría hijos de la nobleza de la corte, recibían educación en este cuerpo privilegiado, en el que se hallaba combinado el carácter de una escuela militar, á la que se habían otorgado derechos especiales, y el de una institución cortesana agregada á la casa imperial. Después de haber pasado cuatro ó cinco años en el cuerpo de pajes, los que habían sufrido el examen final eran recibidos como oficiales en cualquier regimiento de la guardia ó de otra arma cualquiera, sin tener para nada en cuenta el número de las vacantes que pudiera haber en los mismos; y todos los años, los primeros dieciséis alumnos más distinguidos eran nombrados *pajes de cámara*; esto es, estaban personalmente agregados á los varios miembros de la familia imperial: el emperador, la emperatriz, las grandes duquesas y los grandes duques. Lo que, por supuesto, se consideraba un gran honor, y, además, los jóvenes en quienes recaía, se daban á conocer en la corte y tenían después muchas probabilidades de ser nombrados ayudantes de campo del emperador ó de alguno de los grandes duques, y, por consiguiente, contaban con grandes facilidades para hacer una brillante carrera al servicio del Estado. Los padres de las familias relacionadas con la corte cuidaban mucho, por tal motivo, de que sus hijos no dejaran de entrar en el cuerpo de pajes, aun cuando para ello hubiera que saltar por encima de otros candidatos que jamás veían llegar su turno. Ahora que yo estaba ya en ese cuerpo escogido, mi padre podía dar rienda suelta á sus sueños é ilusiones.

Dicho cuerpo estaba dividido en cinco clases, de las que la superior era la primera y la inferior la quinta; se trató de que yo entrara en la cuarta; pero como resultó del examen que no me encontraba muy fuerte en la cuestión de decimales, y la clase referida contenía aquel año más de cuarenta alumnos, en tanto que sólo veinte se habían matriculado para la quinta, ingresé en esta última.

Esto me disgustó sobremanera. Después de haber entrado con repugnancia en una escuela militar, ahora resultaba que tendría que permanecer en ella cinco años en vez de cuatro. ¿Qué había yo de hacer en aquella clase, cuando ya sabía lo que en ella se enseñaba? Con lágrimas en los ojos le hablé al director, pero éste me contestó en tono

humorístico: « Ya sabéis lo que dijo César; vale más ser el primero del pueblo, que el segundo de Roma ». A lo que contesté con viveza, que me conformaría con ser el último de todos, con tal de poder dejar la escuela militar lo antes posible. « Tal vez os guste pasado algún tiempo » — me dijo —; y desde aquel día me trató con afabilidad.

Al maestro de aritmética, que también trató de consolarme, le di mi palabra de honor de que jamás fijaría la vista en su libro de texto; y, sin embargo, tendréis que aprobarme con nota de primera — agregué. Cumplí lo prometido; pero cuando pienso en estas escenas, comprendo que el discípulo no era de un carácter muy dócil.

Y, sin embargo, cuando vuelvo la vista hacia ese pasado tan remoto, no puedo por menos de congratularme por lo sucedido; pues no habiendo tenido en el primer año más que hacer que repetir lo que ya sabía, adquirí la costumbre de aprender mis lecciones con sólo atender á las explicaciones del maestro; y una vez terminada la clase, tenía bastante tiempo para leer y escribir á mi gusto. Jamás me preparaba para los exámenes, y el tiempo que á tal objeto concedían, solía emplearlo en leer en alta voz á algunos amigos, dramas de Shakespeare ó de Ostrausky. Estando también mejor preparado al llegar á las clases superiores, para dominar las distintas materias que teníamos que estudiar. Además, pasé más de la mitad del primer invierno en la enfermería, pues, como todos los jóvenes que no han nacido en San Petersburgo, tuve que pagar un pesado tributo á « la capital de las lagunas de Finlandia », bajo la forma de varios ataques de cólera local, y, finalmente uno de fiebre tifoidea.

\* \* \*

Cuando ingresé en el cuerpo de pajes, su organización sufría un cambio profundo: la Rusia entera se despertaba entonces del pesado sueño y la terrible pesadilla del reinado de Nicolás I, y nuestro colegio sintió también los efectos de ese renacimiento. Verdaderamente, no sé lo que hubiera sido de mí si hubiera entrado en el cuerpo uno ó dos años antes. O mi carácter se hubiera modificado por completo, ó me hubiesen expulsado de la escuela en condiciones que no es posible calcular. Afortunadamente, el período de transición se hallaba en todo su apogeo en el año 1857.

El director del cuerpo era un anciano excelente, el general Zheltukhin, pero su cargo era puramente nominal; el verdadero jefe de la escuela era « el coronel ». El coronel Girardot, un francés al servicio de Rusia. Las gentes decían que era un jesuita, y así debía ser, según creo: sus procederes, al menos, estaban en armonía con las doctrinas de Loyola, y sus sistemas de educación eran los de los colegios de jesuitas franceses.

Imagináos un hombre pequeño y extremadamente delgado, con ojos oscuros y penetrantes y mirada furtiva, usando un bigote recortado, que le daba el parecido de un gato; era suave y firme al mismo tiempo; no de una notable inteligencia, pero sí muy astuto; un déspota por temperamento, capaz de odiar, de una manera intensa, al alumno que no se sometiera á su fascinación, y de expresar ese sentimiento,

no por medio de ridículas persecuciones, sino constantemente, por su conducta en general; por una palabra, soltada al parecer al acaso, un gesto, una sonrisa, ó una interjección. Al andar parecía que se deslizaba, y las miradas exploradoras que acostumbraba á lanzar á su alrededor sin mover la cabeza completaban la ilusión. En sus labios se hallaba siempre impreso un sello de gravedad fría, aun en los momentos que procuraba aparecer todo lo más afable posible; expresión que se marcaba más aún cuando se veía su boca contraída por una sonrisa de disgusto ó de desprecio. Nada de esto le daba el aspecto de un jefe: á primera vista, cualquiera lo hubiera tomado por un padre bondadoso que hablaba á sus hijos pequeños como si ya fueran adultos; pero pronto se echaba de ver que todos y todo tenía que inclinarse ante su voluntad. Desgraciado del muchacho que no se considerara contento ó disgustado, según los grados de buena ó mala voluntad que el coronel le hubiera demostrado.

Las palabras «el coronel» se encontraban continuamente en todos los labios: á otros oficiales se les conocía por sus motes; pero nadie se atrevió á ponerle ninguno á Girardot. Le rodeaba una especie de misterio, como si fuera omnisciente y se hallara presente en todas partes. Verdad es que pasaba el día y parte de la noche en la escuela: hasta cuando estábamos en clase lo recorría todo, registrando nuestras carpetas, que abría con sus mismas llaves. En cuanto á la noche, una buena parte de ella la empleaba en escribir en pequeños libros, de los que tenía una buena colección, en columnas separadas, con signos especiales y en tintas de diferentes colores, todas las faltas y buenas cualidades de cada uno.

Los juegos, las bromas y las conversaciones se suspendían desde el momento que lo veíamos avanzando lentamente á través de nuestros espaciosos salones, acompañado de alguno de sus favoritos, y balanceándose de delante atrás y viceversa; sonriendo á uno, mirando con ternura á otro, lanzando una mirada indiferente sobre un tercero, y contrayendo ligeramente el labio al pasar ante el cuarto: lo cual quería decir, que le agradaba el primero, que el segundo le era indiferente y mucho más el tercero, y que el cuarto le disgustaba. Esto último bastaba para aterrar á la mayoría de sus víctimas, con tanto más motivo, cuanto que no había razón alguna que lo justificara. Algunos jóvenes impresionables eran presa de desesperación, por esa aversión muda y constantemente manifiesta, y esas sospechosas miradas; en otros, el resultado ha sido un total aniquilamiento de la voluntad, como uno de los Tolstoi, Teodoro, alumno también de Girardot, ha mostrado en una novela autobiográfica, titulada *Los Padecimientos de la Voluntad*.

\* \* \*

La vida interna en este colegio era bien triste bajo la férula del coronel: en todas las escuelas los «novatos» son objeto de bromas más ó menos ligeras. Se trata de poner á prueba al recién venido; saber hasta dónde llega su valor, y si conservará la dignidad y la energía. Además, los antiguos quieren hacer ver á los nuevos la superioridad de un bien establecido compañerismo. Tal sucede en todos los colegios y prisiones:

pero bajo el dominio de Girardot estas persecuciones tomaban un aspecto más violento, y procedían, no de los compañeros de la misma clase, sino de los de la primera; de los pajes de cámara, que no eran oficiales en comisión, y á quienes aquél había colocado en una posición superior, completamente excepcional. Su sistema era darles carta blanca; hacerse el desentendido, hasta de los horrores que cometían á cada momento, y mantener por medio de ellos una severa disciplina. El contestar á un golpe recibido de un paje de cámara, hubiera bastado en tiempo de Nicolás I para ser enviado á un batallón de hijos de soldados, como el caso se hubiese hecho público; y el rebelarse, de cualquier modo, contra un mero capricho de uno de aquéllos, motivo fuera suficiente para que los veinte que formaban la clase, armados con sus pesadas reglas de roble, se reunieran en un local cualquiera y, con la tácita aprobación de Girardot, administraran una soberbia paliza al que hubiera mostrado semejante espíritu de insubordinación.

De este modo, la primera clase se despachaba á su gusto, y todavía el invierno anterior uno de sus juegos favoritos consistía en reunir á los «novatos» por la noche, con sólo la camisa de dormir, y hacerlos correr como los caballos en el circo, mientras que ellos, armados de grandes fustas de goma elástica, unos en el centro y otros por fuera de la pista, los azotaban sin piedad. Por regla general, el «circo» terminaba de un modo oriental, en una forma abominable. El concepto de la moral que prevalecía en aquel tiempo y lo que á veces se decía en la escuela respecto á lo que ocurría de noche después del circo, eran de tal índole, que mientras menos se hable de ello tanto mejor.

El coronel sabía todo esto: tenía organizado un perfecto sistema de espionaje y nada pasaba para él inadvertido; pero mientras no se supiera oficialmente que lo sabía, todo marchaba bien. El cerrar los ojos ante todo lo que hacía la clase primera era la base de su sistema de mantener la disciplina.

Sin embargo, un nuevo espíritu empezaba á despertarse en la escuela, y pocos meses antes de mi ingreso había tenido lugar una revolución. Aquel año, la clase tercera era diferente á lo que había sido hasta entonces: contenía un buen número de jóvenes, que realmente estudiaban y leían mucho, algunos de los cuales vinieron á ser más tarde hombres distinguidos. Mi primer conocimiento con uno de ellos, á quien llamaré von Schauff, fué cuando él leía la *Crítica de la Razón Pura*, de Kant: además, se hallaban en dicha clase algunos de los alumnos más robustos y fuertes de la escuela; en ella se encontraba el más alto de todos, así como otro de mucha fuerza, Koshtoff, gran amigo de von Schauff. Estos no toleraban las bromas de los pajes de cámara con la misma docilidad que sus predecesores; les disgustaba mucho lo que ocurría, y á causa de un incidente, que prefiero no describir, se vinieron á las manos las dos clases, resultando que los de la primera recibieron una dura lección de parte de sus subordinados. Girardot le echó tierra al asunto; pero la fuerza moral de los pajes de cámara quedó quebrantada. Se conservaron las fustas de goma, pero no se volvió á hacer uso de ellas; las circolerías y otras cosas por el estilo, quedaron relegadas al pasado.

Hasta ahí se había ganado; pero la última de las clases, la quinta, com-

puesta casi exclusivamente de muchachos muy jóvenes que acababan de ingresar en el colegio, se veía forzada á obedecer aún á las exigencias y caprichos de la primera. Teníamos un hermoso jardín, poblado de corpulentos árboles; pero los alumnos de la quinta lo podían disfrutar poco: se les obligaba á pasearse por fuera, en tanto que los de la primera, sentados en él, pasaban allí el rato conversando; ó á recoger las pelotas, cuando esos caballeros jugaban. Dos días después de mi entrada en la escuela, viendo lo que pasaba en el jardín, no bajé á él y permanecí arriba. Leyendo estaba yo, cuando un paje de cámara, con cabello rojo y la cara cubierta de pecas, vino á ordenarme que bajara en el acto al jardín y fuera á pasearme con los demás. «No quiero; ¿no veis que estoy leyendo?» fué mi contestación.

La ira desfiguró su fisonomía, de suyo bien poco simpática. Trató de saltar sobre mí, pero me coloqué á la defensiva; procuró darme en la cara con la gorra y yo sorteé los golpes lo mejor que pude. Entonces arrojó su gorra al suelo y me dijo: —Recógela.—Recógela tu—, le contesté.

En la escuela no se tenía idea de un acto de desobediencia semejante. El era mucho mayor y más fuerte que yo: por qué no me pegó brutalmente en el acto, no lo sé.

El día después y los siguientes recibí órdenes parecidas; pero obstinadamente me empeñé en no bajar. Entonces empezó una serie de pequeñas y ruines persecuciones por lo más mínimo, capaces de desesperar á cualquiera; pero, afortunadamente, yo me hallaba siempre dispuesto á dar á todo un carácter jovial, y les contestaba con bromas, ó no les hacía caso.

El cambio de tiempo hizo que todo esto variara: empezaron las lluvias y apenas se podía salir. En el jardín, los de la primera fumaban con entera libertad, y en el interior del colegio el club de los fumadores era «la torre», local que estaba siempre limpio con esmero, y en el cual había constantemente fuego encendido. Los pajes de cámara castigaban con severidad al que cogían fumando; pero ellos no dejaban de hacerlo, mientras que estaban sentados y charlando al lado de la lumbre. Su hora favorita de fumar era después de las diez de la noche, cuando se suponía que se habían todos acostado, permaneciendo en su club hasta las once y media; y para ponerse al abrigo de una sorpresa de Girardot, ordenaban á los de la quinta que vigilaran. Los niños de ésta tenían que alternar en dicho servicio de dos en dos, paseándose cerca de la escalera hasta la hora referida, para dar aviso si se aproximaba el coronel.

Al fin, decidimos poner un término á semejante abuso; las discusiones fueron largas y se consultó á las demás clases respecto á lo que había de hacerse; las cuales contestaron, después de pensarlo, lo siguiente: «Negáos todos á hacer ese servicio, y cuando os empiecen á pegar, cosa que haran de fijo, marchad todos los que podáis, en masa, y llamad á Girardot. El ya lo sabe de antemano; pero así se verá obligado á suspenderlo». La cuestión de si eso no sería «un soplo» fué resuelta en la negativa por los expertos en asuntos de honor; los pajes de cámara, al no tratar á los otros como compañeros, no tenían derecho á ser mirados como tales.

El turno de la vigilancia tocó aquella noche á Shahouskoy, uno de los antiguos, y á Selanoff, un recién entrado, niño extremadamente

tímido que hasta tenía afeminada la voz. Llamaron al primero, y, al ver que se negaba, lo dejaron y acudieron al segundo, que estaba acostado y viendo que rehusaba también, empezaron á azotarlo brutalmente con gruesos tirantes de cuero. Entonces Shahouskoy despertó á varios compañeros de los que se hallaban más próximos, y todos corrieron en busca de Girardot.

También estaba yo en la cama, cuando los dos vinieron á mí, ordenándome que fuera á vigilar; y como rehusara, cogieron un par de tirantes (acostumbrábamos á tener colocada la ropa ordenadamente en un banco, con los tirantes encima de todo y la corbata cruzada sobre ellos) y comenzaron á pegarme. Sentado en la cama, sorteaba los golpes con las manos, y ya había recibido bastantes, y bien fuertes, cuando se oyó una voz que dijo: «¡El coronel llama á los de la primera!» Los verdugos se contuvieron en el acto, arreglaron sus ropas precipitadamente y me dijeron en voz baja: «Ni una palabra», á lo cual yo sólo contesté: «La corbata sobre todo, en buen orden», mientras que las manos y brazos me echaban fuego á causa de los golpes mencionados.

Lo que hablara Girardot con los de la primera no pudimos saberlo; pero al día siguiente, cuando estábamos formados, antes de bajar al comedor, nos dirigió la palabra con melifluido acento, manifestando que era muy sensible que los pajes de cámara hubieran atropellado de ese modo á un alumno que tenía la razón de su parte. ¿Y á quién? A uno de nuevo ingreso y de carácter tímido como Selanoff. Este discurso jesuítico disgustó á toda la escuela.

Inútil es decir que aquel abuso terminó, como igualmente las impertinencias de que eran objeto los novatos, que no volvieron á repetirse más.

\* \* \*

También fué indudablemente aquello un golpe mortal para la autoridad de Girardot, quien lo sintió muy vivamente. Miraba nuestra clase, y á mí sobre todo, con gran prevención (le habían dado cuenta del asunto de la vigilancia), y no perdía oportunidad de darlo á conocer.

Durante el primer invierno estuve con frecuencia en la enfermería. Después de haber pasado una fiebre tifoidea, durante la cual el director y el médico se tomaron por mí un interés verdaderamente paternal, tuve repetidos y fuertes ataques gástricos. Y como Girardot, al hacer su visita diaria al referido local, me veía allí con tanta frecuencia, empezó á decirme todas las mañanas, medio en broma, en francés: «He aquí un joven que está tan saludable como el Puente Nuevo, y se pasa el tiempo en la enfermería». Una ó dos veces le contesté en el mismo tono; pero, al fin, considerando de mal gusto esta constante repetición, perdí la paciencia y me incomodé.

—¿Cómo os atrevéis á decir eso? — exclamé —; le diré al doctor que os prohíba la entrada en esta habitación, y otras cosas por el estilo.

Girardot retrocedió dos pasos; sus ojos oscuros brillaron, y sus delgados labios parecieron afinarse más todavía. Al fin, dijo: — Os he ofendido; ¿no es verdad? Bien; en el patio tenemos dos cañones de artillería: ¿sería bueno que nos batiéramos?

— No doy bromas, y os advierto que no estoy dispuesto á recibirlas — le contesté.

El se calló; pero en lo sucesivo me miró aún con mayor prevención que antes.

Todos lo notaron, y se ocuparon en sus conversaciones de ello; pero yo no le dí importancia, y tal vez la aumenté con mi indiferencia.

Durante dieciocho meses cumplidos rehusó darme la charretera, que generalmente se concedía á todos los recién llegados después de un mes ó dos de residencia en el colegio, cuando se suponía habían aprendido en parte los rudimentos de la instrucción militar; pero á mí, tal cosa me tenía sin cuidado. Al fin, un oficial, que era el mejor instructor del colegio, y que puede decirse estaba enamorado del ejercicio, me tomó por su cuenta, y cuando me vió hacer todos los movimientos á su entera satisfacción, lo puso en conocimiento de Girardot, quien, á pesar de haberse repetido esto más de una vez, no hacía caso; lo que dió lugar á que el oficial considerara el asunto como una ofensa personal. Y cuando una vez el director del Cuerpo le preguntó por qué no tenía yo todavía la charretera, le contestó lisa y llanamente: « El muchacho está bien; el coronel es quien no quiere ». A consecuencia de lo cual, probablemente después de algunas observaciones del director, el mismo Girardot pidió examinarme otra vez, y me dió la charretera aquel mismo día.

Pero la influencia del coronel se iba rápidamente desvaneciendo; el carácter todo de la escuela cambiaba. Durante veinte años, Girardot había conseguido ver realizado su ideal, que era el de tener á los alumnos bien peinados, con el cabello rizado y de afeminado aspecto, mandando á la corte pajes tan refinados como los cortesanos de Luis XIV. Si aprendían ó no, le importaba poco; sus predilectos eran los que tenían las maletas más llenas de toda clase de cepillos de uñas y tarros de esencias, cuyo uniforme de paseo (que podíamos usar cuando íbamos á casa los domingos) era del mejor corte, y sabían hacer el más elegante *salut oblique*. Anteriormente, cuando Girardot hacía ensayos de ceremonias cortesanas, envolviendo á un paje en una manta de algodón con listas encarnadas, tomada de una de nuestras camas, con objeto de que representase á la emperatriz en un *baisemain*, los alumnos se aproximaban muy respetuosamente á la supuesta emperatriz, ejecutaban con formalidad la ceremonia de besar la mano, y se retiraban con un elegantísimo saludo oblicuo; mientras que ahora, aunque en la corte se conducían siempre con elegancia, en los ensayos hacían unos saludos tan ridículos, que todos reventaban de risa, al mismo tiempo que Girardot rabiaba de coraje. Antes, los alumnos jóvenes que habían asistido á una recepción oficial, y se rizaban el cabello con tal objeto, procuraban conservar este adorno todo el tiempo posible; pero en la actualidad apenas volvían de palacio, corrían á poner la cabeza bajo el grifo de agua fría para desbaratarse el peinado; pues toda apariencia afeminada era siempre mirada con desprecio. El ser enviado á una recepción y permanecer allí como un objeto decorativo, era considerado ahora más bien como una molestia que como un favor. Y cuando los menores, que iban algunas veces á palacio á jugar con los pequeños grandes duques, contaban que cuando uno de éstos

hizo un látigo de su pañuelo, en uno de los juegos, y se sirvió de él á discreción, uno de los nuestros hizo lo mismo, y tanto le pegó al gran duque, que éste concluyó por llorar. Girardot se quedaba horrorizado, en tanto que el antiguo almirante de Sebastopol, que era tutor del gran duque, elogiaba á nuestro compañero.

Un nuevo espíritu de amor al estudio y de formalidad se desarrolló en el Cuerpo, como en todas las demás escuelas. En años anteriores, teniendo los pajes la seguridad de que de un modo ó de otro pasarían los exámenes para obtener sus nombramientos de oficiales de la guardia, dejaban transcurrir los primeros años de la escuela casi sin aprender nada, y sólo empezaban á estudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que había sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose solo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

## II.

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habían tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habían dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento; con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debía ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, in-

vitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del heredero del trono (Nikolai Alexandrovich, que murió á los veintidós años), á quien traían una vez por semana á la clase de álgebra del Cuerpo de pajes; pues la emperatriz, María Alexandrovna, que era mujer bien educada, creyó que tal vez el contacto con jóvenes estudiosos fuera un estímulo para él. Pero aunque se sentaba entre nosotros y tenía que contestar á las preguntas que le hacían, como todos los demás, como se entretenía por lo general, mientras el maestro explicaba, en hacer dibujos ó en hablar con el compañero, no adelantaba mucho; tenía buena índole y un trato agradable; pero era un poco superficial.

Para la clase quinta, el inspector halló el concurso de dos hombres notables. Un día entró en la sala, donde dábamos clase, radiante de alegría, diciéndonos que habíamos tenido mucha suerte; el profesor Klarousky, hombre de rara erudición, muy versado en el estudio de los clásicos y gran conocedor de nuestra literatura, había consentido en darnos cátedra de gramática, retórica y poética, siguiendo con nosotros todos los años, al pasar de una clase á otra. Otro profesor de la Universidad, Herr Becker, bibliotecario de la biblioteca imperial (nacional), haría lo mismo en alemán. Agregando que el profesor Klarousky estaba algo delicado de salud, pero que tenía la seguridad de que nos conduciríamos con mucho juicio en su clase; pues ya que habíamos tenido la suerte de encontrar semejante maestro, no era posible la dejáramos malograr.

El inspector había pensado cuerdamente. Fué para nosotros una verdadera satisfacción tener profesores de la Universidad por maestros y aun cuando surgieron algunas voces del Kanchatka (en Rusia se da el nombre de esa remota y atrasada península á los últimos bancos de cada clase), recomendando que se mirara con prevención al «salchichero», esto es, al alemán, la opinión general en nuestra clase era favorable á los profesores.

«El salchichero» conquistó desde el primer momento nuestras simpatías; era un hombre alto, con una frente ancha y despejada, aspecto bondadoso y mirada inteligente, no desprovista de un ligero tinte de ironía. Al entrar en nuestra clase nos dijo en correcto ruso que pensaba dividirnos en tres secciones: la primera la compondrían aquellos que ya conocían el alemán, y á quienes exigiría un trabajo más serio; á la segunda le enseñaría gramática y más tarde literatura, con arreglo al programa establecido; y la tercera, dijo con una sonrisa maliciosa, será la Kanchatka. A éstos, agregó, sólo exigiré que cada lección copien cuatro renglones que designaré de mi libro, y una vez realizado este trabajo, quedarán en libertad de hacer lo que quieran, con tal de que no molesten á los demás, y les prometo que en cinco años conocerán algo el alemán y su literatura. Ahora formemos las secciones.

Cinco ó seis niños que no sabían una palabra de alemán, tomaron asiento en la última, copiando asiduamente sus cuatro renglones, que en las otras clases llegaban hasta quince y veinte; y era tanto el acierto

de Becker al hacer la elección, y tanto el interés que se tomaba por sus alumnos, que, al finalizar los cinco años, habían verdaderamente aprendido algo del idioma y su literatura.

Yo me uní al primer grupo; tanto había insistido mi hermano Alejandro en sus cartas en que aprendiera el alemán, que poseía tan rica literatura, y á cuyo idioma están vertidas todas las obras de valor, que me dediqué con empeño á su estudio.

Ya traducía y analizaba sin dificultad una página algo trabajosa, en la que se hacía una descripción práctica de una tempestad; aprendí de memoria, según el profesor me había aconsejado, las conjugaciones, los adverbios y las preposiciones, y empecé á leer. Este es un gran método para aprender idiomas; además, Becker me recomendó que me suscribiera á un semanario ilustrado de poco precio, lo que me sirvió de mucho estímulo, con sus grabados é historietas, para leer más ó menos, y pronto llegué á dominar el idioma.

Hacia el fin del invierno le pedí á Herr Becker que me prestara el *Fausto*, de Goethe; había leído una traducción, y también la hermosa novela de Turguéneff, del mismo título, y ahora ardía en deseos de conocer la gran obra en el original. «No vais á entenderla; es demasiado filosófica», me dijo él con una bondadosa sonrisa; pero me trajo, sin embargo, un librito cuadrado, con las páginas amarillas por el tiempo, que contenía el drama inmortal. El no sospechaba la infinita satisfacción que la posesión de aquel pequeño volumen me producía. Me deleité con el sentido y la armonía, de cada renglón, empezando con los mismos primeros versos de la hermosa dedicatoria ideal, y pronto sabía páginas enteras de memoria. El monólogo de Fausto en la floresta, y particularmente los versos en que habla de su modo de comprender la naturaleza

«Tú no te has limitado á permitirme  
sólo la admiración de la inconsciencia;  
has hecho más, tu mano logró abrirme  
el seno de una amiga: de la ciencia»,

me sumergía en éxtasis profundo, y aun hoy día siento su influencia. Cada verso vino gradualmente á convertirse en un querido amigo.

Y además, ¿hay, por ventura, algún placer estético más elevado que el leer poesías en una lengua que aún no se domina por completo? El pensamiento aparece envuelto en una especie de ligera gasa que admirablemente se adapta á la poesía; las palabras cuyo trivial significado, cuando uno conoce el idioma á fondo, afectan algunas veces á las imágenes reales que tratan de representar, conservan tan sólo su sentido puro y elevado, haciendo que la armonía de la composición quede así más fuertemente impresa en el oído.

\* \* \*

La primera lección del profesor Klasousky fué una revelación para nosotros; era un hombre pequeño, como de cincuenta años, de movimientos vivos, con ojos brillantes é inteligentes, una expresión ligeramente sarcástica y la elevada frente de un poeta. Cuando vino

á darnos la primera lección, dijo con voz apagada que, habiendo pasado una larga enfermedad, no podía elevar la voz lo suficiente, por lo que nos rogaba nos acercáramos á él. Dicho esto, aproximó su sillón á la primera fila, y nosotros lo rodeamos como un enjambre de abejas.

Había de enseñarnos gramática rusa; pero, en lugar de la aridez de la lección gramatical, oímos algo muy distinto de lo que esperábamos. Era gramática, mas intercalada con comparaciones de dichos populares rusos, con versos de Homero ó del sánscrito de Mahabharata, cuya galanura traducía al ruso; allá, un verso de Schiller se introducía, y era acompañado de alguna sarcástica observación referente á alguna preocupación de la sociedad moderna; aquí, después, se volvía otra vez á la gramática pura, seguida de generalizaciones poéticas y filosóficas.

Claro es que en todo esto había mucho que no comprendíamos, y cuyo sentido más profundo escapaba á nuestra percepción. ¡Pero, acaso lo encantador de todo estudio no estriba en que constantemente abre ante nosotros nuevos é inesperados horizontes, aún no comprendidos, que nos estimulan á continuar más y más avanzando en la penetración de lo que á primera vista apareció sólo en sus líneas generales? Unos con las manos apoyadas en los hombros del compañero, otros casi tendidos sobre las mesas de la primera fila, otros en pie detrás del maestro, y todos con la mirada chispeante, estábamos pendientes de sus labios. A medida que su voz se debilitaba al aproximarse el fin de la hora, más suspendíamos el aliento para mejor oír. El inspector abrió la puerta de la clase para ver cómo nos conducíamos con el nuevo profesor; pero al notar aquel enjambre inmóvil, se retiró de puntillas para no hacer ruido. Hasta Danroff, carácter inquieto y aturdido, contemplaba á Klasousky, como diciendo «¡vaya un hombre!». Hasta von Klemair, un pobre muchacho circasiano con nombre alemán, de muy cortos alcances, estaba inmóvil en su asiento. En casi todos los demás algo bueno y elevado surgía desde el fondo de sus corazones, como si la visión de un mundo inesperado apareciera ante su vista. Este hombre tenía sobre mí una gran influencia, que fué creciendo con los años. La profecía de Winkler, de que después de todo me gustaría la escuela, se había cumplido.

En la Europa Occidental y probablemente también en América, esta clase de profesores no parece ser generalmente también en América, en Rusia no hay ninguna persona notable en las letras ó en la política que no deba el primer impulso hacia un desarrollo superior á su maestro de literatura. En todas las escuelas del mundo debiera haber uno semejante; todos los demás tienen asuntos particulares á su cargo que no se relacionan entre sí; sólo el profesor de literatura, guiado por las líneas generales del programa, pero quedando en libertad de tratarlo á su gusto, puede reunir en un lazo común á los separados estudios históricos y humanidades, unificarlos por una amplia concepción filosófica y humanitaria, y despertar ideas é inspiraciones más elevadas en los cerebros y corazones de la nueva generación. En Rusia esa necesaria misión recae de un modo natural en el catedrático de literatura; pues, á medida que habla del desarrollo del idioma, del contenido de la primera poesía épica, de la música y cantos populares, y más adelante del teatro moderno, de la literatura científica, política y filosófica que

ha reflejado; viéndose obligado á ocuparse de esa concepción generalizada del desarrollo del entendimiento humano, que no se encuentra dentro del radio de acción de las materias que se enseñan separadamente.

Lo mismo debería hacerse también respecto á las ciencias naturales. No basta enseñar física y química, astronomía y meteorología, zoología y botánica; la filosofía de todas las ciencias naturales; una vista general de la naturaleza en su conjunto, algo parecido al primer volumen del *Cosmos*, de Humboldt, hay que dar á conocer al alumno y al estudiante, cualquiera que sea la extensión que se dé en la escuela al estudio de las ciencias referidas. La filosofía y la poesía de la naturaleza, los sistemas de todas las ciencias exactas, y una inspirada concepción de la vida de la naturaleza, deben formar parte de la educación. Tal vez el profesor de Geografía pudiera provisionalmente asumir esa función; pero en ese caso, se necesitaría una clase muy diferente de maestros de esa asignatura, lo mismo en los colegios que en las Universidades; lo que hoy se enseña bajo ese nombre, será todo lo que se quiera, pero no es Geografía.

\*\*\*

Otro maestro conquistó el aprecio de nuestra clase, de modo bien distinto. Fué el de escritura, el último del cuerpo de profesores: si los «herejes», esto es, los maestros alemanes y franceses, eran mirados con poco respeto, el de escritura, Ebert, que era un judío alemán, estaba convertido en un mártir. El conducirse insolentemente con él se consideraba de buen tono entre los pajes. Sólo la miseria podía ser la causa de que no renunciara el cargo. Los antiguos, que llevaban dos ó tres años en la clase quinta, sin haber podido pasar adelante, lo trataban muy mal; pero él había transigido con ellos, llegando al acuerdo siguiente: «una broma no más en cada lección», cuyo cumplimiento, por nuestra parte, dejaba algunas veces mucho que desear.

Un día, uno de los más atrasados, empapó en tinta la esponja de la pizarra y se la tiró al mártir calígrafo, diciendo al mismo tiempo con una sonrisa estúpida: «¡toma, Ebert!» La esponja le dió á éste en el hombro, salpicándole de tinta la cara y la camisa.

Teníamos la seguridad que, por lo menos esta vez, Ebert abandonaría la clase é iría á dar parte del hecho al inspector; pero nos equivocamos, porque se contentó con exclamar, al mismo tiempo que sacaba su pañuelo de algodón y se limpiaba la cara: «Una broma, caballeros; basta por hoy», agregando á media voz, «la camisa se ha manchado», después de lo cual continuó como si tal cosa corrigiendo los cuadernos de los alumnos.

Ante semejante proceder, quedamos estupefactos y avergonzados. ¡Cómo, en vez de dar parte, lo toma con esa resignación! La simpatía de toda la clase se tornó en su favor. ¡Lo que habéis hecho es una estupidez — dijámos á nuestro compañero —; es un pobre y le habéis echado á perder la camisa! ¡Qué vergüenza! — otro gritó.

El causante del mal fué en el acto á disculparse. «Hay que aprender y aprender, amigo», fué todo lo que contestó Ebert, con voz en que se reflejaba la tristeza.

Después de esto reinó un silencio sepulcral, y al día siguiente, como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo, escribimos lo mejor posible y le llevamos nuestros cuadernos para que los corrigiera, lo que le causó gran alegría, y aquel día puede decirse que fué feliz.

Este hecho me impresionó profundamente, y jamás se ha borrado de mi memoria. Siempre le estaré agradecido á tan notable hombre por aquella lección.

\* \* \*

Con nuestro maestro de dibujo, que se llamaba Ganz, nunca pudimos vivir en buena armonía. El siempre daba cuenta de los que jugaban en la clase; lo que en nuestro concepto estaba mal, pues su proceder distaba mucho de ser correcto. Durante la clase, apenas se ocupaba de nosotros y pasaba el tiempo enmendando los dibujos de aquellos que repasaban con él, ó le pagaban algo, para poder presentar un buen dibujo en los exámenes y obtener una nota de primera: contra los que así procedían no teníamos queja alguna; por el contrario, hallábamos muy natural que los que no tenían capacidad para las matemáticas ó memoria para la geografía, no pudiendo aspirar á notas elevadas en estas materias, trataran de mejorar su situación, ordenándole al maestro un dibujo ó una mapa topográfico, que les asegurara el premio ante todo. Sólo de parte de los dos primeros alumnos de la clase se hubiera visto mal el acudir á tales procedimientos; pero en cuanto á los demás, podían hacerlo con tranquilidad de conciencia. Pero el maestro no debía emplear la hora de clase en ese trabajo; y ya que lo hacía, le tocaba sufrir con resignación las faltas de sus discípulos. En vez de hacerlo así, no se pasaba día sin que dejara de quejarse, y cada vez parecía más arrogante.

En cuanto pasamos á la clase cuarta y nos encontramos en un terreno más firme, tratamos de apretarle las clavijas. « Vosotros tenéis la culpa — nos decían los mayores — de que se dé tanto tono con vosotros; *nosotros* lo teníamos atado corto ». Por cuya razón decidimos hacer lo mismo que ellos habían realizado.

Un día, dos excelentes compañeros de clase se acercaron á Ganz con un cigarrillo en la boca y le pidieron fuego. Claro es que sólo se trataba de una broma, pues nadie había pensado en fumar allí, y según la regla establecida, el maestro no debiera haber hecho más que despedirlos aquel día de la clase; pero en vez de esto, los inscribió en el parte diario y fueron castigados con gran severidad. Esa fué la gota que hizo derramar el vaso: decidimos darle una « serenata »; lo cual quería decir que, en un momento dado, toda la clase, provista de reglas prestadas por las superiores, armaría un ruido espantoso, pegando contra las mesas, hasta hacer que el maestro se fuera de la clase. Esto, sin embargo, no se hallaba exento de dificultades. Teníamos en nuestra clase un cierto número de « gente floja » que, á pesar de prometer tomar parte en la demostración, era fácil que á última hora no pudiera dominar los nervios y se echara atrás, dejando á los demás comprometidos: en tales empresas, la unanimidad es el todo; pues el castigo, cualquiera que sea su índole, es siempre más ligero al recaer en la clase entera que cuando afecta á un número determinado.

La dificultad se resolvió con arte verdaderamente maquiavélico: á una señal dada, volviendo todos la espalda al maestro y golpeando con las reglas en los bancos de los vecinos, se conseguiría el fin deseado; de este modo, se evitaría que aterrara á los débiles la mirada de aquél. ¿Pero quién daba la señal? Un silbido, como en los cuentos de bandidos, un grito ó un estornudo no nos sacaban del apuro; él podía muy bien fijarse en cualquiera que hubiese empleado tal recurso. La señal debía ser silenciosa: uno de los que mejor dibujaban debía llevarle su trabajo á Ganz, y cuando volviera á su sitio, entonces estallarían las tormentas.

Todo salió á pedir de boca: Nesadoff presentó su dibujo, y el otro se lo corrigió en pocos minutos, que nos parecieron una eternidad; al fin volvió á su puesto, quedó un momento mirándonos, y se sentó... La clase entera se volvió de espaldas, y las reglas menudeaban sus golpes en los bancos, en tanto que algunos gritaban en medio del alboroto: « ¡fuera Ganz, fuera con él! » El escándalo era mayúsculo; todas las clases se enteraron de que al maestro de dibujo le habían dado una serenata. El se puso de pie, murmuró algo y concluyó por marcharse. Entró en la clase un oficial, pero no por eso se interrumpió el jaleo; después entró el subinspector, y el inspector tras él: en el acto se suspendió el ruido y empezaron las reprensiones.

« ¡Los mayores quedan desde este momento arrestados! » — ordenó el inspector —; y á mí, que era el primero de la clase, y, por consiguiente, el mayor, me llevaron al calabozo oscuro, lo cual me evitó el ver lo que vino después. Se presentó el director: le preguntaron á Ganz que designara las cabezas de motín, pero no pudo hacerlo. « Todos me volvieron la espalda, y comenzó el escándalo » — fué su contestación. Inmediatamente se condujo la clase abajo, y á pesar de que los castigos corporales estaban completamente desterrados de nuestra escuela, esta vez, á los dos que antes se habían castigado por pedir fuego al maestro, los azotaron con la vara de abedul, bajo pretexto de que la serenata fué una venganza por su castigo. Esto lo supe diez días después, cuando se me permitió volver á clase: mi nombre, que había sido inscrito en el encerado rojo de la clase, destinado á los distinguidos, fué borrado de él, lo que me tuvo sin cuidado; no así los diez días de calabozo, sin libros, que me parecieron interminables, y en los que compuse (en versos horribles), un poema, en que los altos hechos de la clase cuarta eran debidamente glorificados.

Como era de esperar, nuestra clase vino á ser la heroína de la escuela; durante un mes entero tuvimos que relatar una vez y otra á las demás clases todo lo referente al particular, recibiendo felicitaciones por lo bien que se había manejado el asunto, evitando que ninguno incurriera en responsabilidad. Como castigo, se nos prohibió ir á casa los domingos, lo que duró hasta Navidad; pero como estábamos todos reunidos, lo pasábamos alegremente. Las mamás de los niños buenos les traían dulces en abundancia, y los que tenían dinero lo empleaban en multitud de pasteles, en tanto que, á la noche, los amigos de las otras clases traían de contrabando grandes cantidades de fruta para la heroica clase cuarta.

Ganz no volvió á dar parte de ninguno más; pero nosotros no aprendimos.

*Memorias de un revolucionario.*-5